

Recuerdos pintados con café amargo



Gaste
HITZAK 2015

Oier Quincoces Blas



PRÓLOGO



CONCURSO DE CUENTOS Y RELATOS BREVES

PARA JÓVENES de 14 a 25 AÑOS

Un certamen literario debería ser, sobre todo, un momento para celebrar que el mundo todavía resulta reductible a parámetros humanos.

Festejar que aún podemos contemplarlo, admirarlo, traducirlo a signos comprensibles; que todavía no nos hemos convertido del todo en consumidores zombis del supermercado global.

Celebrar que todavía hay jóvenes, como Zoe y Oier, capaces de pararse a pensar, de tomarse el tiempo necesario para contemplar el mundo como una maravilla: algo digno de ser admirado, temido, odiado, pensado, escrito... y no sólo consumido.

Por ello, y por sus estupendos relatos, mi más sincera enhorabuena.

Juan Ibarrodo

Recuerdos pintados con café amargo

Edita: Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz. Año 2016

Diseño y maquetación: Sinbait creaciones

Imprenta: Gráficas Ulzama



Oier Quincoces Blas, 19 años

Esta historia ocurre en todas partes y en ninguna. Ocurre cerca, pero también lejos. En tierras enterradas la situará este narrador, pues las verdades no parecen tan abrumadoras si se atisban desde la lejanía. Como los nubarrones que auguran la tormenta se difuminan cuando el velero los deja atrás. Pero no dejan de estar ahí.

Un ambiente. El calor de barro. Un lugar. Un poblado en el continente africano. Un sentimiento. La dignidad de ser diferente. Un aroma. El del café. Un conflicto. El color.

En este entorno tan salvaje nació Niara un martes con complejo de lunes. Agosto. Hija de braceros de una plantación de café. Negro café. Los padres de Niara son del color del café. Pero Niara no es del color de sus padres. Tampoco es del color del patrón. La niña nació negra con manchas blancas. ¿O fue blanca con manchas negras? Ella era la única que se lo tomaba con humor.



El pueblo donde vivía era una auténtica jungla, habitada por animales de dos colores: blanco y negro. Se dice que los de color negro habían llegado antes, pero a los de color blanco no les importó. El blanco es más fuerte. El otro trabaja para él en sus plantaciones de café, que se extienden desafiantes alrededor del poblado. Un poco más atrás se deja ver el desierto y más atrás aún, el mar.

Niara es una niña muy despierta y sabe que en el pueblo no se llevan bien entre ellos. Lo que no entiende es que el motivo de esas disputas sea simplemente su color. Todos dicen que su color es el mejor y por eso unos pintan sus casas de blanco y otros de negro. Las casas negras están a la derecha del pueblo y las blancas, siniestras. Los trabajadores cuando vuelven al pueblo saben a dónde tienen que ir. Los patronos también lo saben. Pero Niara... Niara no lo sabe.

Durante sus primeros años no se sintió desplazada. Por suerte, los niños son desordenados... Caos donde los colores son sólo colores. De hecho todos quedaron encantados en un primer momento con ella. En tercera persona. Sólo hizo falta un prejuicio adulto. Después, la envidia. Y así fue. Su piel era "sucía". Blancos y negros estuvieron de acuerdo por primera vez. Los padres de Niara estaban confusos, al fin y al cabo eran adultos.

Niara nunca encajaría. Tuvo que posicionarse. Influenciada por sus padres optó por el color negro, sin embargo seguía sin ser aceptada. Cuando estaba triste solía pasear por los infinitos campos de café. Eso la relajaba. Meditaba sobre sus pro-

blemas cuando la solución se le presentó justo delante de sus ojos: la tierra. Mojada. En un arrebato de tierna espontaneidad pensó que podría tapar sus manchas blancas con barro. Así lo hizo, pero el resultado no fue lo esperado. Menos mal que estaba su madre... Ahora sí. Estaba irreconocible. Sólo necesitaba una buena ocasión para hacer amigos. Fue muy fácil. Salió a jugar a la calle. Valentía infantil.

Pasado un tiempo, donde la rutina acariciaba su piel, Niara fue de excursión al mar con sus amigos. El mar siempre había estado ahí, pero sus padres nunca la habían llevado. Para ella, que nunca había salido de la aldea, fue todo un descubrimiento encontrarse con tantos colores y texturas nuevas: la miel del desierto, la arena que bañaba el sol, pero sobre todo el mar de cristal. Estuvo contemplándolo durante horas; el horizonte subjetivo. Sujeta. Sus amigos hacía tiempo que se habían metido al agua y la animaban a que hiciera lo mismo. Niara, imbuida por su entusiasmo, se desnudó y fue al encuentro de su desconocido. Sentir el agua en su piel fue maravilloso. Se tumbó sobre el agua, cerró los ojos y dejó que las olas la mecieran mientras con sus oídos escuchaba la música del mar. En su mente sólo había pensamientos azules, del color del mar. Se dejó llevar.

Cuando abrió los ojos, se encontró con que sus amigos estaban a su alrededor mirándola. Pero no eran miradas amables. Estaban serios. La miraban... ¿con desprecio? ¿Pero por qué? No podía entenderlo. La señalaron. Y al instante lo comprendió. El barro se había diluido con el agua, y su piel, de barro y de agua, quedó al descubierto. Su vergüenza quedó al desnudo.

Al instante, entre sonoras carcajadas, gritos y juramentos comenzaron a lanzarle puñados de arena mojada diciendo: “¡Tápate, tápate, demonio!” En uno de esos arrebatos de crueldad pétrea, uno de los muchachos cogió una con la arena y la lanzó con tal fuerza que fue a parar a la frente de Niara abriéndole una brecha. Al instante, un reguero de sangre comenzó a manar de ella, fundiéndose con sus lágrimas. Su piel estaba surcada por una llamarada de un color nunca visto. Los niños, asustados salieron del agua, se vistieron, recogieron sus cosas y la dejaron sola. En su soledad, en su silencio, contempló su reflejo en el agua. Sentía fluir la sangre por la superficie de su piel. Ese color tan fuerte. Las gotas caían y enturbiaban el reflejo. Teñían el agua de fuego. ¿Qué era el fuego? Ese calor ácido que latía en sus sienes. Poco a poco esa vista se difuminó, se fue nublando. Sus ojos se cerraban, perdía el sentido y se desvaneció sobre el agua.

Abrió los ojos pero ya no estaba en la playa. Estaba tendida sobre un lecho de paja. Se palpó la zona donde estaba su brecha pero ya no había brecha. La habitación exhalaba un aroma a incienso y café. Ocupada en olisquear las fragancias de la sala, se sobresaltó cuando la puerta se abrió y entró una anciana.

Niara la quiso al instante. Sus ojos eran brillantes, llenos de una persistente juventud; sus pardas canas y las profundas arrugas que surcaban su cara, testigos de su experiencia; sus ropas, túnicas intercaladas de un millar de colores extraños; y su piel: familiar, cómplice.

Rompió la anciana el silencio: “Lo vi todo”. El semblante de Niara se ensombreció al recordarlo. “Te he traído la ropa. Intentaron llevársela... Pero no les dejé” continuó la anciana, sonriendo. “Póntela y cuando te apetezca sal fuera a hablar conmigo”. La joven no tardó demasiado en salir al encuentro de su anfitriona, que la esperaba sentada en una mecedora de mimbre, fumando de su pipa. Niara se fijó en la manta que tapaba sus piernas. En ella había bordados dos rostros, uno negro y otro blanco, que estaban besándose. “Supongo que te preguntarás qué haces aquí. Yo soy la señora Rangí y tú ¿quién eres?”. Conversaron como si ya se conocieran. Al cabo de un rato la anciana le ofreció una taza de café. Su goteante fragancia al verterse sobre la taza y su fulgor la abrumaron. Eso era el café. “No hay nada como el café para evocar los recuerdos” sentenció la anfitriona, rasgada. “Voy a contarte una historia”.

“Hubo un tiempo, más antiguo que el fuego, en el que la Naturaleza y los colores eran los únicos habitantes del mundo. Cada color vivía en su entorno natural: Rojo y Amarillo vivían con el sol, Azul con el mar, Verde con los campos mentolados... Pero había un lugar común a todos ellos y ése era el Jardín. En él había flores y plantas de todos los colores, y gamas. Delicadeza.





No obstante, había un ser, hermano de todas esas criaturas, que las envidiaba profundamente. Él era el viento. El viento era brisa y huracán; era cantante y bailarín sin igual; temido y respetado, ansiado y deseado. Y sin embargo, no tenía color. Era el hijo más poderoso de la Naturaleza, pero envidiaba a los más débiles. Movido por ese sentimiento, urdió un malvado plan.

Como solía hacer a diario, a eso del mediodía, fue a acariciar a sus hermanas. Refrescaba sus torsos y peinaba sus corolas. Las flores gemían, confiadas. El viento reía, ladino. De repente, sin previo aviso, la brisa se transformó en un terrible vendaval y las flores comenzaron a gritar de puro horror mientras eran arrancadas de las entrañas de la tierra y despedazadas en el torbellino. Los pétalos policromados de sus hermanas yertas flotaban en su cuerpo y él los lucía, orgulloso. Éstos, lejos de sus cuerpos, no tardaron en marchitarse y ennegrecerse. Y ahí permanecerían por siempre recordándole la atrocidad que había cometido y la soledad a la que se había condenado él mismo”.

Con estas palabras terminaba el relato de la señora Ranggi. “¿Por qué me cuenta esto?” La anciana bebió de su taza y fumó de su pipa. Al cabo de un rato contestó: “Yo también he sido joven como tú, y he sido azotada por el viento muchas veces. La última vez, me venció. Aquí estoy, sola y alejada del mundo, como el viento. Pretendiendo ser lo que no soy, como el viento. No te dejes marchitar porque eres aurora”. Poco después añadió: “Ahora debes irte.

Ha sido un placer recordar contigo. Hasta siempre?. Dicho esto se levantó y se adentró en la casa. Niara, al momento se incorporó y abrió la puerta rápidamente. Pero ya no había casa. Se encontraba de nuevo frente al mar donde había quedado inconsciente. Era de noche, pero ella lo veía todo en color. Había despertado.

Pasaron varios días sin que nada se supiera de Niara en el poblado, y todos la dieron por muerta. Sus padres nunca superarían el duelo. Para recordarla, los habitantes de la aldea, en un arrebato de cinismo y falsa caridad, colocaron en la plaza del pueblo una figura en su memoria. Pero ésta era absolutamente negra.

Un día, el pueblo amaneció en un precoz griterío. Algo habían hecho con la figura. En efecto, la figura ya no era negra en su totalidad, sino que también era blanca. Pero no sólo eso: un gran número de colores cubrían la escultura en una deliciosa armonía. “¡Seguro que han sido esos malditos blancos!” exclamó alguno. Llenos de ira, los de color negro, arrancaron la figura y la destrozaron. Pero los de color blanco tampoco eran mejores, pues se reían de la desgracia de sus adversarios. Ese pueblo ya no merecía más oportunidades. Estaba muerto. Ese pueblo gris que no podía sangrar.

...

Era una mañana tardía de un martes con complejo de lunes. El aire acondicionado refrescaba el salón del museo. A un lado y al otro se podían ver numerosos cuadros. La música clásica de fondo, completaba la atmósfera. Un padre y su hijo contemplaban un cuadro que estaba en una esquina. El niño se fijó en él porque le pareció diferente a los demás. Era una explosión de colores que se fundían unos con otros. Y entre ellos destacaba el color del café, cuyo olor amenazaba con salirse del lienzo. En el epicentro de ese sismo de gamas temblaba un pueblo. La mitad de él era blanca ambiciosa, y la otra mitad, negra intolerante. Pero a diferencia, de los otros colores, no se fundían. Permanecían separados del resto como si no quisieran saber nada de ellos. Mientras el niño sentía, su padre leyó el letrero que había debajo. Decía lo siguiente:

Ese café que evoca los recuerdos, es el que ha hecho posible esta obra. Cada vez que percibo su aroma, me vienen a la memoria dos días: el día en el que desperté, y el día en el que descubrí que aquel pueblo gris no podía sangrar.

Niara Rangí

